

Un texto inédito de Miguel de Unamuno y Jugo: *Los arribes del Duero* (1898)

José Antonio Ereño Altuna

En 1998 la empresa Iberdrola (Salamanca) publicó un pequeño libro, *Miguel de Unamuno. Los arribes del Duero*. Se trataba de la publicación exenta del artículo *Los arribes del Duero* (*Notas de un viaje por la raya de Portugal ilustradas con 15 fotografías*), que Unamuno había publicado en 1905 en la revista *Hojas Selectas* (nº37, págs. 18-31) para dar cuenta de una excursión por él realizada con varios amigos bilbaínos, Enrique de Areilza, Pedro Eguillor y Leopoldo Gutiérrez Abascal, a primeros de mayo de 1902. La publicación, ciertamente preciosa, no tenía, sin embargo, excesiva novedad: el relato de ese viaje por la Ribera salmantina ya estaba recogido en sus *Obras Completas* (T.I., págs. 617-26) y, además, en la correspondencia que mantuvo con Gutiérrez Abascal, Pedro de Múgica o Jiménez Ilundain, se podían encontrar, como nos recuerda L. Robles, que es quien nos presenta el libro, noticias sobre los preparativos del viaje o comentarios a las impresiones recibidas durante los cinco días que duró.

Ahora bien, Unamuno nos dice en varios momentos que ya había viajado a esos mismos parajes en un momento anterior, en 1898. En ese mismo artículo de 1905 se puede leer:

En dos ocasiones y a distancia de cuatro años de una a otra, he visitado la Ribera y sus arribes; la una durante los carnavales de 1898 y la otra en los primeros días de Mayo de 1902.

Y en otro texto suyo que aún nos interesa más, en la carta que el 14 de marzo de 1898 envió a su amigo en Berlín Pedro de Múgica, decía:

No sé si verá usted mi artículo sobre *La casa-torre de los Zurbarán* (en Begoña) en los *Eclos Literarios*, una revista de Bilbao, insignificante, pero cuyo director, *¡rara avis!*, se dispone a pagarme. A ella he remitido un relato de mi reciente expedición a los *arribes* del Duero, en la región de esta provincia que se llama la Ribe-

ra. He traído de ella un copioso caudal de voces y giros y fonismas con que enriquecer mis materiales para el estudio del habla popular en esta región. Tengo más de 2.000 voces. Entre las últimas, curiosísimas como *sobrero* (*suberariu*), alcornoque. Y para que vea usted lo que es la lengua popular y la indecisión de sus términos, en el espacio de cinco o seis pueblos he oído llamar al enebro *enjumbre*, *enjambre*, *enjimbre*, *joimbre*, *juimbre*, *jumbre*, *jimbre* y *jumbrio*. Esto me recuerda que en esta misma provincia se llama al murciélago *moraciégano*, *morraciégano*, *moriciégano*, *murciégano*, *borraciégano*, *burraciégano* y *zarramiélago*. No sabe usted bien qué cosecha hay en esta provincia: esto es inmenso. (Ir a horcajadas: *escarrapichao*, *escarrapuchao*, *esgarrachao*, *escarranchao*, *escarnachao*)»¹.

No hay, pues, duda. Hay, en los carnavales de 1898, un primer viaje de Unamuno a la zona de los arribes, cuyo relato habría remitido al director de la revista bilbaina *Ecos Literarios*, el sacerdote José María García Galdácano².

Ese relato, completamente inédito, es el que ahora nosotros publicamos, con la pequeña aclaración de que, al no ser el itinerario de los dos viajes exactamente el mismo, Unamuno se permitió (con algunos cambios) embutir partes importantes de este primero en el relato del segundo...

* * *

¿Qué es posible encontrar en este relato?

En primer lugar, una manifestación magnífica de aquel «sentimiento de la naturaleza» de que estuvo dominado desde el primer momento, desde que era un escolar que hallaba sus delicias en salir del viejo Bilbao, estrecho y oscuro, para recorrer la Landa Verde, Archanda, la encañada de Buya, Iturrigorri, el Pagasarri..., o desde que, ya más mozo, se convirtió en el excursionista y *mendigozale* que ya nunca dejó de ser. Con lo que no hacía sino seguir, como otros muchos³, la tendencia, general entonces, especialmente en los centros urbanos, al higienismo, a la práctica de la gimnasia, al contacto del aire libre que desentumece los cuerpos. ¿Es necesario añadir que ese gusto por la naturaleza tomaría más tarde una forma consciente y elaborada en obras muy conocidas *Paisajes* (1092), *De mi país* (1903), *Por tierras de Portugal y España* (1911), *Andanzas y visiones españolas* (1922), *Paisajes del alma* (1944)?

Estos momentos, sin embargo, son los más espléndidos, no los únicos. El mismo sentimiento de la naturaleza es fácil encontrarlo también en otros muchos momentos menores pero anteriores a este primer viaje. Sin ánimo de ser ex-

¹ *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*. Recopilación y prólogo de Sergio Fernández Larraín. Santiago de Chile. Zig-Zag, 1965, págs. 262-3.

² En esta revista también publicó el relato de otros viajes, algunos de los cuales se recogerían en el pequeño libro, *Paisajes* (Salamanca, Calón, 1902):

La Flecha I. -El sentimiento de la Naturaleza, 29-V-1898, *La Flecha II*, 9-VI-1898, *La Flecha III. La paz del campo*, 19-VI-1898, *Fantasia crepuscular*, 19-VIII-1898 (publicado un poco antes, sin permiso del autor, en *Vida Nueva*, 14-VIII-1898), *A la orilla del río*, 29-VIII-1898 y la poesía *Al campo*, 9-I-1898.

Para seguir de cerca las relaciones entre Unamuno y José María García Galdácano, vide J. I. Tellechea Idígoras. *El Eco de Unamuno*. Madrid. Fundación Universitaria Española, 1996, págs. 39-67.

³ Entre ellos, Adolfo Aguirre, autor del «bellísimo libro», según Unamuno, *Excursiones y recuerdos* (1871), o aquellos *ganecogoros* que aparecen en un libro que siempre recordó con cariño, *Album de unos locos*, de Baldomero de Goyoaga.

haustivos podemos señalar algunos de ellos, unas veces reducidos a pequeñas pinceladas, otras veces más sistemáticos:

- *Guernica. Recuerdos de un viaje corto.* – *El Noticiero Bilbaíno*, 8-VI-1885.
- *La romería de San Miguel en Bergara.* – *La Voz de Guipúzcoa*, 20-VII-1888.
- *En Alcalá de Henares. Castilla y Vizcaya.* – *El Noticiero Bilbaíno*, 18-XI-1889.
- *Mi visita a Pompeya.* – *La Libertad*, 6 y 13-VIII-1891.
- *Las Ferias.* – *La Libertad*, 18-IX-1891.
- *Tiempos Medios*, III (22-II-1892), de donde extraemos estos desarrollos:

En mi marcha ascendente por el bachillerato aumentaba el ardor de mi inteligencia con la debilidad de mi cuerpo.

Me habían ordenado pasear y lo hacía a diario. Y recuerdo que pocos goces he tenido tan íntimos como el que experimenté la primera vez que saliendo por Urazurrutia di la vuelta por el Puente Nuevo para volver por la orilla opuesta. ¡Había ido por una orilla y vuelto por la otra, había pasado el Puente Nuevo! Los que a diario hacían novillos no pueden comprender el intenso placer que me produjo este paseo.

Pocos goces más serenos y hondos que el que produce un paseo. Mientras el pecho se hincha de aire fresco y libre, adquiere el espíritu su verdadera libertad, se desata de sus ligaduras y de aquellos pensamientos que como áncoras lo retienen y sujetan, y goza en una pasividad calmosa, en un aplanamiento lleno de vida, de las sensaciones fugitivas. Parece que se derrama por el campo, que se refresca al contacto de la frescura de los céspedes y yerbajos, que se difunde para recibir mejor el beso al aire y la mirada al cielo. El pensamiento, libre, yerra de una en otra cosa, se fija en lo que pasa, se identifica con lo fugitivo, y la atención descansa. Ahora un árbol, luego un pájaro, más allá un arroyo, todo ello sin relación a un fin personal, todo como un momento del grande y olímpico juego de la naturaleza. Y cuando se tiende boca arriba y mira al cielo, se pierde el espíritu en él, y contemplando el cielo sin fondo parece que el propio cuerpo sobre un islote de tierra flota en la inmensidad.

¡Qué triste y pesado pasar de aquellos paseos al aula oscura!

- *Pompeya (Divagaciones).* – *El Nervión*, 12-VI-1892.
- *La casta histórica. Castilla.* – *La España Moderna*, nº 65, 1895, págs. 57-82.
- *El sentimiento de la naturaleza.* – *La Lucha de Clases*, 23-III-1897. A este artículo pertenece este párrafo:

Pocos sentimientos hay que procuren al hombre mayor consuelo en sus penas, más descanso en sus trabajos, más calma en medio de las luchas de la vida y más serenidad para el ánimo que el sentimiento de la Naturaleza. Cuando se posee éste con alguna viveza, la contemplación del campo es el más grande sedativo para las enfermedades del espíritu. Aspirando paisaje se goza de uno de los mayores placeres de la vida.

• Inmediatamente posterior a su viaje de 1898 es la serie de artículos que publicó, como ya hemos indicado en la nota 2, en *Ecos Literarios*, con el título

de *La Flecha*: el primero de ellos lleva como subtítulo *El sentimiento de la naturaleza*.

En todos esos momentos es fácil ver una deriva típica de Unamuno, cómo lo que inicialmente parecía estar destinado a ser sólo «notas de viaje» se transpone a un alto nivel de intensidad psicológica y se transfigura en auténticos «paisajes del alma»...

* * *

En segundo lugar, junto al paisaje, el paisanaje, con desarrollos, ciertamente más escuetos, menos extensos, pero que apuntan, igualmente, en una dirección muy significativa, que viene de lejos y que recorre toda su obra. Nos referimos a su indudable talante romántico-folklorista, a su prejuicio, cada vez más argumentado⁴, a favor del «saber popular», el mejor medio, a su juicio, de acceso al alma secreta de los pueblos.

Es esto algo que, como acabamos de apuntar, es fácil ver desde muy temprano y en múltiples momentos de su obra. Basta con tener en cuenta:

- su tesis y sus primeros y polémicos artículos, en los que es patente su confianza en los análisis de las leyendas y tradiciones populares vascongadas como reveladoras de una mentalidad colectiva.

- su participación en la *Sociedad del Folklore Vasco-Navarro*, que había tratado de implantar «en tierra ingrata» su amigo Vicente Arana.

- su simpatía por la literatura popular-costumbrista, por Trueba, por Martín Fierro, etc.

- su antipatía, que no podía ocultar, por la literatura alambicada, los modernismos esteticistas, egoístas y estériles, etc.

- sus muy tempranas recomendaciones a recoger, tanto en euskera como en español, no los giros y preceptos sancionados por eruditos, académicos o autores alejados del «hecho vivo», sino los modismos e inflexiones de la lengua de la calle, e incluso los llamados disparates del pueblo, que a su juicio, era el que hacía vivir la lengua.

- su batalla personal continua por hacerse un nuevo castellano, un estilo propio y suyo, que no hiciese ascos a los neologismos, los galicismos, etc., de espaldas, por lo tanto, al purismo, al gramaticalismo, a los preceptos de la Academia.

- sus preocupaciones, que no serían ajenas a las indicaciones de J. Costa, por el derecho consuetudinario o «folklore jurídico».

- su interés por el «dialecto bilbaíno» y por el habla popular de la provincia de Salamanca.

Es precisamente esto último, su interés por el dialecto salmantino lo que, en concreto, se manifiesta en este texto que presentamos.

En un artículo publicado en *El Español* el 24 de junio de 1944, *Unamuno y el lenguaje salmantino*, García Blanco nos cuenta cómo Unamuno volvía de sus correrías por las comarcas salmantinas con «un nutrido caudal de términos y lo-

⁴ Como es fácil ver en sus artículos de 1895 en *La España Moderna* reunidos más tarde en el libro *En torno al casticismo*, y en *Sobre el cultivo de la demótica*, la conferencia leída en Sevilla el 4 de diciembre de 1896.

cuciones dialectales y arcaicas, cuyo sentido se complacía en desentrañar en sus escritos. Quince años antes de que Don José de Lamano publicase su *Dialecto vulgar salmantino*, muchas voces en él contenidas sorprendieron antes el oído de Don Miguel que, curioso, las anotaba para esgrimir las más tarde como ejemplo de habla viva, de que fue siempre tan entusiasta... Son muchos los arcaísmos y dialectismos a los que da rango literario...». El ideal de Unamuno, observa, finalmente, García Blanco, habría sido «sacar de las entrañas del idioma vivo, del habla popular, voces y giros que en ellos viven»⁵.

Unamuno, a pesar de este interés, no se consagró por entero a tales estudios, pero logró que algunos lo hiciesen, como su discípulo Federico de Onís, que le recordaba en la dehesa La Granja, cerca de Alba de Tormes, «rodeado de pastores y de gañanes, preguntando y escuchando, y a veces escribiendo las palabras nuevas que oía y que más tarde usó toda la vida, como parte esencial de su arte literario». El propio Menéndez Pidal, que, sin embargo, hacía algunas reservas al excesivo valor que concedía al habla del pueblo en detrimento de la lengua que latía en las páginas de los grandes autores, confesaba cómo, cuando publicaba la *Gramática Histórica Española* y su estudio sobre los dialectos leoneses, Unamuno había puesto a su disposición «múltiples remesas de notas sobre el habla salmantina».

⁵ Sólo unas citas de este interés por el habla regional de Salamanca. Todas están extraídas de las cartas enviadas a su amigo Pedro Múgica:

«Voy a meterme en terreno de usted y darle un buen rato. En una expedición que he hecho al campo, en plena charrería, he oído que a los corralillos cubiertos, muy mezquinos, en que encierran los *chibos* les llaman *chibiteros* y también *chiribitiles*, de donde he sacado que *chiribitil* por *chibitiril* es diminutivo de *chibitero*, corralillo de chibos. Y esto me hace presumir si *cuchitiril-cuchitiril-cochitiril* será de *cuchitero* (?) o *cochitero* (?), corral de cochos o cochinos. Pronto le enviaré a usted una lista de vocablos de esta tierra, *ligrimos* como llaman aquí a lo genuino». Carta del 4 de marzo de 1894, en *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*. Recopilación y prólogo de Sergio Fernández Larrain. Santiago de Chile. Zig-Zag. 1965, p. 221.

«Estoy recogiendo vocablos y modos de hablar de esta provincia y se los remitiré. Tengo una regular cosecha». *Ibidem*, (14-IV-1894), p. 224.

«Tengo copiosos vocabularios de los dialectos salmantino (recogidas las voces por mí), leonés y palentino. Están a su disposición y le remitiré copia de ellos. Hay términos interesantísimos». *Ibidem*, (22-V-1895), p. 228.

«Tengo un rico vocabulario de voces palentinas (unas 400) y otro de leonesas. Así que me desocupe iré copiándolo para remitirle juntamente con la nueva cosecha que tengo de salmantinas y una remesa que espero de tierra de Ávila». *Ibidem*, (9-VI-1895), p. 229.

«Así que vuelva a Salamanca iré cogiendo más vocabularios para remitírselos; tengo una buena cosecha». *Ibidem*, (9-VI-1895), p. 233.

«*Voces salmantinas*. Chimanes: corderos de dos días. Recentales: ...de dos meses. Cancines: Id, de un año. Primalos: id. De dos años. Sobriprimalos: de tres años. Marones: carneros de cuatro años en adelante. Carrancia: collar de púas que ponen al mastín para defenderle del lobo. Conturbar (oído a un pastor!): impedir. Chapazal: lodazal. Tizonera: velada en un hogar en noche de invierno. Garrobaza: paja de la algarroba o garroba. Estruncar: descoyuntar, *ereinter* al caballo, toro, etc. Soroño, a: soso, a. (Se continuará)». *Ibidem*, (11-VI-1896), p. 244.

«Estoy metido de hoz y de coz y con gran empeño en la formación del vocabulario de la región salmantina. Tengo cerca de mil voces recogidas y cada día me envían nuevas los colaboradores que me he echado. Es una cosecha mucho más copiosa de lo que creí, sobre todo de la Sierra y del distrito de Ledesma (donde cae parte de Sayago). Hay cosas curiosísimas, como donde pronuncian la z d y dicen *dereada* por *cereza*, *hadé* por *hacer*, etc. En voces las mies es enorme, y las hay interesantísimas». *Ibidem*, (12-X-1897), p. 258.

«Mis estudios sobre el habla popular regional salmantina siguen con ayuda de entusiastas colaboradores. Llegan a 2.000 (!!!!!) las voces recogidas. Esto es enorme. A propósito de lo que me dice de Ir por Ir le diré que hay aquí un dicho: «Calros el de las bolras quiere melruza, se lo dice Calrota y ella se bulra».

Sólo el murciélagalo tiene aquí estos nombres: morciégaño, morciégaño, borraciégano, burrieciégano y zarramiégalo. Hay voces curiosísimas como *enfusar*: embutir (infusare), *añir*: uncir (jungere), etc». *Ibidem*, (12-X-1897), p. 261.

EN LOS ARRIBES DEL DUERO

España está, en gran parte, todavía por descubrir, y no lo está menos en el aspecto estético que en otros diversos aspectos. Nuestra principal producción lo es de productos en bruto, de primeras materias, de lo que se llama caldos, por ejemplo, más que de vinos elaborados con arte. Nos enamoramos fácilmente de lo tosco y bravío, hasta de lo basto, y tendemos con frecuencia a desdenar el refinamiento que a la naturaleza presta el arte, que es, a su modo, una verdadera naturaleza. Llévase esto al punto de descuidar en todo los debidos trasiegos y decantaciones.

Así sucede con nuestros paisajes, que permanecen en bruto, como primeras materias de recreo y solaz para el espíritu, por falta de viajeros que los refinen a nuestros ojos con artísticas descripciones. Porque es indudable que mucho de la belleza de un paisaje está en los ojos que lo miran, y que los educados a mirarlo le extraerán mucha mayor sustancia bella que los incultos. La abrupta sierra que domina a Reinosa, ¿no ha ganado acaso en belleza con las espléndidas descripciones que de ella hizo Pereda en su novela Peñas Arriba? Los tan celebrados paisajes de Escocia, sus encantadores lochs, ¿no deben mucho del deleite con que regalan a sus contempladores a que van estos sugestionados por Walter Scott y los lakistas? Rousseau, Senancour, Töpffer, ¿no han embellecido los Alpes?

No crea el lector, por lo que llevo dicho, que vaya a descubrirle ningún Mediterráneo ni a embellecer ignotos paisajes; voy tan sólo a indicar la ruta de uno de tales descubrimientos. ¡Quiera Dios que alguien logre sacar a flor de vista bellezas enterradas en un casi abandonado rincón de la provincia de Salamanca!

* * *

La Sierra de Francia con su famoso santuario y el proverbial retiro de las Bateucas, eclipsan en la provincia de Salamanca en fama a los arribes de la Ribera del Duero y a su hermosísimo retiro, hoy en ruinas, de Laverde. Y, sin embargo, yo, que he visitado una y otra región, no sabría a cuál otorgar mi preferencia como desinteresado espectador.

Baja el Duero por tierra de Zamora tendido en la planicie y espaciándose por ella, mas al ir a entrar en la provincia de Salamanca, hacia donde le rinde el Tormes sus aguas, entre Fermoselle y Villarino, empieza la meseta castellana a quebrarse para dejarle paso a las campiñas portuguesas. Resquebrábase la tal meseta en hondos desgarrones, mostrando al descubierto sus peñascosas entrañas, pétreos cimientos de la austera llanura castellana. El agua tenaz, que talla las rocas gota a gota con secular trabajo, ha ido carcomiendo su lecho berroqueño y buscando salida entre revueltas y esguinces. A distancia nadie adivina el profundo tajo por donde el Duero corre; la ondulante llanada castellana parece ir a perderse suavemente, y sin solución alguna de continuidad, en las estribaciones de la sierra de la Estrella que cierran, hacia la parte de Portugal, el horizonte. En uno de los repliegues del terreno se ocultan los profundos tajos, las abruptas gargantinas, los imponentes cuchillos, los terribles esfayaderos, bajo los cuales, allá en lo hondo, vive el Duero, ya espumarajeando las rocas que aún no han cedido a su labor terca, ya precipitándose en desniveles, ya deteniéndose un momento a descansar en angostos

remansos, ya, por fin, zumbando bajo las rocas, en las espundias. A trechos las paredes y escotaduras del tajo se dulcifican y se tienden las pendientes para recibir, sobre revestimiento de tierra, vegetación bravía y cuidados de cultivo. A estos declives que bajan al río se les llama arribes en toda la Ribera, en toda la región salmantina que borda el Duero y afronta a Portugal. Arribes forman también los afluentes al Duero, que entre escotaduras y barrancas análogas a las de éste corren a él.

El primer pueblo de la Ribera a donde llegué fue Masueco, y lo cierto es que iba con impaciencia por dar vista al negrillo, que era, según el tío Mateo, un guía, el primero de España, y tal vez del mundo, en corpulencia. No le iba muy en zaga el otro, colosal también, al que conoció de retoño el tío Mateo, haciéndole bambolear la cabeza como cuando juegan a las migas los muchachos. ¡Lo que son los árboles! Así crecen ellos, sin duelos, penas, ni cuidados, ahondando sus raíces en la misma tierra en que nacieron, mientras abren su frondosa copa al mismo cielo siempre, formando en el otoño con su desprendido follaje el mantillo que les nutra de jugos para reverdecer en primavera. Como las hojas de los árboles son las generaciones de los hombres, decía el viejo Homero. Aquel negrillo que junto a la robusta fábrica de la iglesia de Masueco se desnuda todos los años para volver todos los años a vestirse de verdura, arraigando más en su propia cuna cuanto más fuerte se hace, ofrece con su espectáculo a los pobres labriegos que desfilan por la vida oscuro símbolo de la unidad del pueblo. ¡Cuántos al marchar a la emigración dirigirán sus últimas miradas a la amplísima copa bajo la cual jugaron sus juegos de niños, a aquella copa en que resuena la campana cuando congrega al pueblo a Misa, cuando toca a fiesta y cuando dobla a muerto!

No hay en el mundo para el tío Mateo un negrillo como el de Masueco. ¡Así ha crecido él, sin moverse de su sitio, mientras los pobres hombres, si quieren crecer algo, se ven obligados a emigrar!

Al siguiente día de mi llegada fuimos a ver la cascada de los Humos, en los arribes de uno de los afluentes al Duero. Era para hacer boca y abrir el apetito de la expedición a Laverde. Se sale de Masueco por una deliciosa quebrada, festoneada de frutales, y muy pronto se da vista a un paisaje agreste de severo ceño. Bajamos una escarpada pendiente en dirección a una aceña y muy pronto nos encontramos en el fondo de un tajo, entre abruptas escotaduras. A un lado se alzaba, dominando la barranca, un inmenso cuchillo de roca y tras él se perdía la garganta del río. Vadeamos éste y por un senderito de un empinado arribe llegamos a dar plena vista a la cascada.

Es singular el atractivo del agua. Estaríase uno las horas muertas contemplándola fluir, dejándose ganar el espíritu por la sensación purísima que su constante curso nos produce. El agua es acaso la que mejor imagen nos ofrece de la quietud en el movimiento, del solemne reposo supremo que del concierto de las carreras de los seres todos surge. En el estanque duerme el agua reflejando al cielo, pero con no menos pureza lo refleja en el cristal de un sosegado río, cuyas aguas, siempre distintas, ofrecen la misma superficie siempre. Y en la cascada misma, por donde se despeña bramando, preséntanos una vena compacta, una columna que acaba por parecer sólida. ¡Enorme fuerza la que sin aparato alguno, con la sencii-

llez del coloso, despliega! Hubiéramos estado las horas muertas contemplando aquel inmenso chorro que salva un desnivel profundo del lecho de las aguas. Es una de las más hermosas caídas de agua que pueden verse entre aquellos tajos adustos. Divídese la cascada mayor en dos cuerpos debido a un saliente de la roca, y va a perderse en un remanso de donde surge el vapor que ha valido al paraje el nombre de los Humos. Junto a la inmensa vena líquida, a su abrigo, en las quebraduras y resquicios de la roca, anidan palomas que revolotean en torno del coloso. Éste irá desgastando poco a poco el desnivel que le produce, y es seguro que cada año se achica la cascada, aunque sólo sea en un milímetro o en fracción de él. ¡Los siglos que habría necesitado el agua para excavar tales tajos y reducir análogas cascadas!

* * *

Al siguiente día de nuestra visita a los Humos, preparamos la expedición a Laverde, en caballerías los más de mis amigos, a pie yo, pues menos me molesta una caminata que el ir escarnachao sobre los anchos aparejos con que se provee a las mulas del país.



La Santa Misión (Arribes del Duero)

Laverde está en territorio de Aldeadávila de la Ribera, la corte de esta región, la villa para los comarcanos. Tendiendo la vista al salir de ella por las ondulaciones del campo, no se barrunta siquiera lo que éstas celan. Mas ya al llegar a unos sobreros se nos abrió de pronto el tajo por cuyo seno corre el arroyo del Rupinal y en el fondo las escarpadas y sombrías paredes de Portugal. En aquellas desoladas vertientes del Rupinal, cerca del caño de Fuentemendo, dicen que hubo un pueblo.

Mientras seguían las caballerías la senda que en zigzag baja al río, cortamos nosotros camino por los resayos o atajos que la cortan. Una vez en lo hondo parece hallarse uno en medio de región montañosa, en el interior de algún país alpestre. Nadie diría que ganando las crestas se extiende a la vista la inmensa meseta ondulada como vasto mar petrificado.

Dimos, por fin, vista al Duero y con él a un paisaje dantesco, tal cual los imaginara Gustavo Doré. En lo alto, apuntados picones que se asoman al abismo, peñas y aserradas crestas; a lo largo, inmensas escotaduras que encajándose de un lado y de otro, en la disposición llamada de cola de milano, forman la garganta por cuyo hondón corre el río. Los enormes cuchillos van perdiéndose en gradación de tintas hasta ir a confundirse con la niebla. Allí arribota, arribota, en la cresta del escarpado frontero, verdean trozos de trigo, nuncios de una campiña serena, y asoma su copa algún que otro arbolito que denuncian a un pueblecillo portugués. Fuegos de luz animan la dantesca garganta; peñas en claro se destacan sobre el tono oscuro de las peñas en sombra, y allá en lo alto, dominando al ceñudo paisaje, algún milano se cierne bañándose en luz. Suben del río perezosas nieblas que se agarran a los peñascos, y fingen el alma de éstos que de ellos se desprende con pesar. El Duero, que dibujando su vena central, su líquido senderillo de espuma, corre encajonado en el fondo de estas gargantas, es el mismo que pasa amplio y solemne, abrazando a la feraz llanura y como gozándose en ella, por tierra de Zamora. Todas estas gargantas dantescas son obra de él, obra de la lenta labor del agua terca. El fuego bosquejó a la tierra su esqueleto, dio el bloque, es el agua el artista pacienzudo y tenaz que modela sus contornos.

En el fondo de estos tajos incubaba el sol que da gloria. No lejos de Laverde hay en la garganta un paso llamado de la Bodega, tal vez por esa incubación. El sol caldea los arribes, resguardados de los vientos y las brisas que hielan la meseta, y saca de ellos una vegetación potente y propia de otras latitudes. Crecen olivos ingeridos en zambullo o acebuche, tapizan las vertientes oloroso tomillo, flores de monte, nardos; la cubren gamonas, jaras madroñeras, anguelgues, jidigueras (cornipedreras) y retuerce sus recias y nervudas ramas entre rocas el bravío joimbre, cuyas raíces luchan con las entrañas de la peña para dar de beber a su enmarañada mata luz del sol. La mano del hombre ha acudido a fomentar la naturaleza. En los repliegues de los arribes dan al sol su tono de verde claro los limoneros y crecen los naranjos, y aquí y allí salpican al tinte pardo de los escarpes los blancos copos de los almendros en flor. En poyatas o tablas talladas en el terreno y sostenidas por paredones se alzan los olivos.

En una de estas laderas del tajo del Duero, en medio de lo que queda de una que debió de ser huerta frondosa, se alzan las ruinas del convento de Laverde, retirado en un tiempo de los religiosos menores. En la portería, sobre la puerta y debajo de un escudo con los cinco estigmas, se lee, enteramente ahumada, esta inscripción:

«Entre la vida y la muerte no ai espacio ninguno; en un instante se acaba lo que se vive en el mundo. Año de MDCCLXIX». Allí nos recibió el actual habitante del convento, acabado trasunto por su facha de villano medieval. Dejamos las caballerías en la que fue iglesia y entramos en las ruinas del convento.

Es una pena la que ofrece aquella desolación. Las celdas deshechas y a la intemperie; la yerba creciendo por todas partes; en el claustro un limonero entre maleza, y en el jardín un bosquejo de limoneros y de naranjos. El convento no tiene mérito alguno arquitectónico ni nada que le dé carácter. Es vulgarísimo. Por la parte que mira al río presenta algún aspecto de fortaleza. Lo hermoso es su escenario y su ambiente, los restos de vegetación de que está rodeado. Frente a él se alza una gi-

gantesca piñal (pino) y en lo hondo zumba el Duero enfrenado entre peñascos. Lo más típico es lo que del huerto queda, aquel rincón umbrío de limoneros y naranjos, a cuya sombra rezarían los frailes sus oraciones, descabezarían sus siestas y gozarían de tranquilo sosiego los ancianos retirados ya del todo del mundo. Es un rincón que sugiere la idea, algo antinómica a primera vista, de un ascetismo horaciano.

Hubo un tiempo, hasta eso del año 30, en que floreció en su retiro aquel cenobio, ofreciendo en aquella colosal hendidura de la adusta meseta castellana escuela de recogimiento y meditación a los frailes menores durante algún tiempo del año y refugio para su vejez a los que de ellos pedían acabar allí sus días, en el vivo silencio, rezando a la sombra de los limoneros y al compás del murmullo del contenido río. Es, sí, un silencio vivo el que aquí reina, vivo porque reposa sobre el sempiterno rumor del Duero, que en puro ser continuo acaba por borrarse de la conciencia de quien lo recoge. Y como se pierde de cuenta este rumor del sempiterno curso del río, perderíase allí de cuenta el rumor del curso de las horas que habrían de desfilar en solemne procesión monótona. Allí, en aquel refugio, libertaríanse los espíritus del tiempo, engendrador de cuidados, yendo cada día a hundirse sin ruido con su malicia en la eternidad. ¡Siempre el mismo río, los mismos peñascos siempre, todo inmutable! Cuando lo que nos rodea no cambia, acabamos por no sentirnos cambiar, por comprender que es el vivir un morir continuo, que «entre la vida y la muerte no hay espacio ninguno», como reza la inscripción del convento de Laverde.

A este convento iban en un tiempo los riberanos a los perdones, por la Porciúncula, y aún hoy algunos recuerdan haberlo oído. En denominaciones de sitios ha quedado la memoria de los franciscanos que lo habitaron. Hay en el camino un punto que se llama el montadero de los frailes; a una peña que forma a modo de un asiento le llaman la silla del guardián. Allí cuentan también que, viniendo Santa Marina perseguida de los moros y cansada del camino, al llegar a una peña, le dijo: «Ábrete, peña cerrada, que viene Marina cansada». En la peña hendida se colocó un altar a la santa, y sobre ella se alzó la capilla de Santa Marina, cercana al convento.

La cuadrada torre del convento, mostrando al descubierto el enladrillado de su cupulilla, mira al contorno. Contemplándola recordé aquellas dos hermosísimas estrofas de Los dos Campanars, de mosén Cinto Verdaguer:

-Campanes ja no tinch, -li responía
lo ferreny campanar de Sant Martí.-
¡Oh!, ¡qui pogués tornármelas un día!
Per tocá'a morts pe'ls monjos les voldría;
per tocá'a morts pe'ls monjos y per mi.

¡Que tristos, ay, que tristos me deixaren!
Tota una tarda los vegí plorar;
set vegades per vèurem se giraren;
jo aguayto fa cent anys per hont baixaren:
tu que vius més avall, ¿no'ls veus tornar?

(«Campanas ya no tengo, le respondía, el rudo campanario de San Martín ¡Oh! ¡Quién pudiese volvérmelas un día!; para tocar a muerto por los monjes las querría, para tocar a muerto por los monjes y por mí. ¡Qué tristes, ay, qué tristes me dejaron! Toda una tarde yo los vi llorar; siete veces por verme se volvieron; acecho hace cien años por donde bajaron, tú que vives más abajo, ¿no les ves tornar?»).

Hoy en día no habitan en la profunda barrancada, fuera del rentero que explota lo que los frailes dejaron, más que los carabineros españoles, y del otro lado del río los guardiñas portuguesas, vigilando el paso de la barca. El contrabando en lo único que a las veces anima el enorme tajo. Algunos desgraciados se ponen de acuerdo, lanzan de un lado a otro del río un bramante o cogiéndolo con los dientes lo pasa alguno a nado, con él tienden una maroma, y pendiente de un barzón pasan mediante una guindaleta, de un reino a otro, género prohibido. Es el modo de contrabandear allí donde no hay puente alguno, a lo sumo una manotera, y alguna vez un paso a saltos. La frontera natural se halla profundamente marcada, parecen haberse desgajado violentamente los dos reinos. Arriba nadie lo diría; desde Masueco parece Ventosello, un pueblecillo de Tras-os-montes, situado en la misma llanura, sin más que leves ondulaciones del terreno en el intermedio.

* * *

Al siguiente día de nuestra visita a Laverde, fuimos a Vilvestre, un pueblecillo despejado y limpio que se tiende a la falda de una colina coronada por las ruinas de un castillo. Y en Vilvestre nos asomamos a dos picones que dominan los arribes, a Peño Corvo y el Castillo de Narbona, nombre extraño para un desnudo peñasco. Domínase desde ellos, como desde elevada cornisa, un sitio en que la barranca se ensancha dulcificándose el paisaje. En las vertientes portuguesas que desde allí se divisan, empiezan los tan famosos vinos de Oporto, procedentes no pocos, y no de los menos ricos, del Duero alto. En el fondo, entre floridos almendros, el río se perdía a trechos de vista en repliegues del terreno, para reaparecer, más adelante, de un verde oscuro a la sombra, y brillando al sol con el tono con que a éste refleja la hoja del maíz. Allá abajo, en un vallecito, cantaba un gañán llevando la manquera del arado, y su canto subía limpio, espontánea eflorescencia del trabajo.

Al retirarnos al pueblo poníase tras las colinas portuguesas el rojo disco del sol. Fue una de las más hermosas puestas que he visto. El inmenso globo candente, de rojo cereza, se ponía en paz y sin herir la vista, entre nubecillas que a ratos le ocultaban en parte, fingiendo en su encendida esfera paisajes de adustos peñascos, remedo de los que acabamos de ver. Parecía otras veces partirse para refundirse al punto. Cuando se ocultó dejó en el campo la serena calma de su luz derretida.

Al volver a Salamanca, en plena meseta castellana ya, atravesamos unos campos que me sugirieron el espectáculo de algún paisaje antediluviano de gigantescos hongos. Tal fingían los enormes peñascos, de redondeadas formas, que cubren el campo hacia Barrueco Pardo. En Cerralbo se alzan aún, dominando al pueblecillo, del marqués de su nombre, las ruinas del castillo.

* * *

Mucho hay que decir del paisanaje de la Ribera, de sus costumbres, de su traje típico, de su carácter, de su interesantísima habla, sobre todo, pero no cabe esto en ligeras impresiones.

Ofrece la provincia de Salamanca, en el aspecto etnográfico, amplísimo campo de estudio. Profundas diferencias separan, dentro de la unidad que los abarca, al charro propiamente dicho, pues es un error el creer que todo salamanquino sea charro, con sus internas diferencias, al armuñés, al serrano, al riberano, al peñarandino, al bejarano. En el mismo distrito de Vitigudino, a que pertenece la Ribera, se señalan diferencias entre la Ribera misma, la llamada Aldea, el Abadengo, la Ramajería.

Nada más abandonado en España que el estudio hecho en vivo y del natural, del pueblo. Todo género de folklore o demótica está por explotar; ni las tradiciones, ni los cantares, ni las costumbres, ni el derecho consuetudinario, ni la medicina popular, ni el habla, encuentran investigadores. ¡Y no es poca la mies! Llevo algún tiempo recogiendo elementos para un estudio del habla popular o mejor de las hablas populares en la región salmantina, y cuanto más material acopio más vasto me parece el que queda fuera de mi diligencia. Lo que en la historia de la literatura española se conoce con el nombre de dialecto sayagués, la lengua en que están escritas las farsas y églogas que a fines del siglo XV escribieron Lucas Fernández y Juan del Encina, el lenguaje rústico del famoso Auto del Repelón, no son más que leves muestras de un dialecto que abortó en la región salmantina. Y dentro de esta región el territorio más rico en cosecha lingüística es, por lo que llevo trabajado, la Ribera. Formas dialectales se recojen a porrillo recorriendo los hermosos campos de Salamanca. Si Dios me da vida y salud he de dedicar a esta habla un estudio y entonces se verá qué hermosos giros, qué briosas expresiones, qué típicos vocablos corren en boca del pueblo inadvertidos de los doctos, y qué luz tan viva puede proyectar este estudio en el conocimiento de nuestra lengua castellana literaria, anémica y opilada por la vida de ciudad.

Decía al principio de estas notas que España está, en gran parte, todavía por descubrir. Por descubrir está en no menor parte el pueblo español. Y sólo haciendo conciencia nacional con el riquísimo fondo inconsciente que en el seno del pueblo yace, es como podrá redimirse España y recibir en vivo y con eficacia y sobre fértil seno la acción del ambiente internacional europeo.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, marzo de 1898

(Ecos Literarios, 19-III-1898)